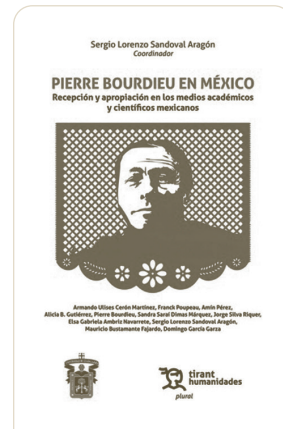


Sergio Lorenzo Sandoval Aragón (coord.) (2024).  
***Pierre Bourdieu en México. Recepción y apropiación en los medios académicos y científicos mexicanos.***  
Ciudad de México: Universidad de Guadalajara/  
Tirant Humanidades, 255 pp.

SAÚL RECINAS LÓPEZ  
Becario posdoctoral en el Instituto de Investigaciones Sociales  
Universidad Nacional Autónoma de México



Reseñar un libro colectivo como *Pierre Bourdieu en México. Recepción y apropiación en los medios académicos y científicos mexicanos* tiene una doble exigencia: mostrar sus aportes sin caer en la enumeración capitular y valorar sus alcances. Me interesa leer esta obra como reflejo de un campo académico donde la figura de Bourdieu genera reconocimiento y debate, así como reflexión sobre la teoría crítica y la manera en que se produce conocimiento en contextos como el mexicano.

Publicado en 2024, el texto coordinado por Sergio Lorenzo Sandoval Aragón rastrea cómo ha sido recibido y adaptado el pensamiento de Bourdieu en distintos sectores académicos mexicanos, desde la sociología educativa hasta la historiografía, los estudios culturales y la reflexión metodológica. La obra no rinde homenaje al sociólogo francés, sino que plantea una inquietud: ¿Qué ocurre cuando Bourdieu, concebido como una figura crítica contra las formas de dominación simbólica, es canonizado o citado estratégicamente como símbolo de pertenencia intelectual?

Esta preocupación se formula con claridad en la introducción del libro, donde se señala que el objetivo no es institucionalizar a Bourdieu como “autor consagrado”,

sino problematizar los modos en que su figura adquiere autoridad en el campo académico mexicano y cómo esa autoridad puede neutralizarse desde la propia institucionalidad. Compuesta por una introducción y seis capítulos, la obra aborda diversas áreas con una preocupación común por las condiciones de posibilidad de la teoría crítica en México. A partir de esta tensión —entre crítica y consagración, entre cita y vaciamiento—, la presente reseña se articula en torno a al menos cinco ejes analíticos que cruzan el texto de forma transversal: la recepción como síntoma del campo, los usos sociales de la cita, la traducción y el desplazamiento conceptual, los límites estructurales de su aplicación y la vigencia del compromiso crítico en el oficio sociológico.

Uno de sus mayores aciertos es desplazar la pregunta por la recepción de Bourdieu hacia una perspectiva sociológica situada. Los autores coinciden en que no se trata de “contar cuántas veces se lo cita”, sino de entender cómo se lo cita, desde dónde y con qué implicaciones. La recepción de su obra refleja la estructura de cierta parte del campo académico mexicano, con sus jerarquías y disputas por la autoridad teórica.

El capítulo de Franck Poupeau y Amín Pérez, traducido por Alicia Gutiérrez, establece este marco. Desde una sociología de la ciencia, advierten que la difusión internacional de la obra de Bourdieu no es un proceso neutro, sino condicionado por “las estructuras del campo académico nacional que la importa” (p. 34). Bourdieu no circula como ideas abstractas, sino como figura cargada de capital simbólico, cuya apropiación está atravesada por luchas también simbólicas, estrategias editoriales y operaciones de traducción que muchas veces producen “distorsiones del mensaje original” (p. 36). Esta perspectiva se enlaza con una preocupación presente en todo el libro: el riesgo de que su obra se transforme en un referente citado de forma automática o superficial, perdiendo así su fuerza crítica. La recepción se convierte en un prisma para observar las tensiones entre consagración y crítica en el campo académico mexicano.

En este sentido, Bourdieu opera como “instrumento de medida” del campo mexicano: su presencia o “malinterpretación” habla tanto de quienes lo citan como de las condiciones que posibilitan su uso. La obra muestra que en contextos como el mexicano —marcado por desigualdades, dependencia editorial y fragmentación institucional— la apropiación de una teoría crítica está profundamente condicionada. Como resultado, la recepción de

Bourdieu revela las dificultades de construir una sociología relacional en un campo que privilegia la adhesión simbólica sobre el trabajo teórico.

Por otro lado, se reconoce que uno de los diagnósticos más contundentes que emergen del libro es que el uso del pensamiento de Bourdieu en México está atravesado por una fuerte desigualdad en los modos de apropiación. La cita no es un simple recurso académico, sino una práctica cargada de significado social que puede operar como marcador de distinción, mecanismo de consagración o forma de vaciamiento conceptual.

El capítulo de Sandra Dimas Márquez ofrece evidencia empírica al analizar 521 ponencias presentadas en el Congreso Mexicano de Investigación Educativa (Comie) entre 2003 y 2017. Su hallazgo es preocupante: apenas 6% de los trabajos emplea los conceptos de Bourdieu de manera relacional y articulada, mientras que el resto lo hace de forma fragmentaria, incidental o decorativa. Como observa la autora: “la denostación o adulación poco fundada al sociólogo francés, es susceptible de ser reproducida” en virtud del poder simbólico que inviste a quienes lo citan (p. 88). Este tipo de uso sugiere que la cita cumple funciones distintas, según el lugar que ocupan los agentes en el campo científico. En algunos casos, citar a Bourdieu responde a una intención pedagógica orientada a formar una mirada crítica; en otros, funciona como un gesto simbólico que confiere autoridad sin asumir las exigencias analíticas de su marco teórico. Esto se acentúa en contextos donde el capital cultural se distribuye de forma desigual y el lenguaje teórico opera como mecanismo de distinción e inclusión académica.

La lectura crítica de Dimas Márquez plantea una cuestión fundamental: ¿Qué tipo de socialización teórica está produciendo la academia mexicana? ¿Qué se enseña cuando se enseña a Bourdieu? La respuesta que ofrece el libro es ambivalente. Por un lado, hay espacios que buscan formar desde una perspectiva relacional y crítica; por otro, persiste la costumbre de citar sin leer o de usar conceptos complejos como etiquetas aisladas. Esto responde a una lógica más amplia del campo académico, donde la visibilidad y la consagración suelen regirse por dinámicas que entran en tensión con los ideales de profundidad teórica y autonomía intelectual. Como señala Sandoval Aragón, “las modalidades de uso de la obra de Bourdieu, su distribución temporal, su ‘impacto’ (citación) y la estructura que sus propiedades (...) revelan al ponerlas en relación entre sí”, permiten observar las formas diferenciadas en que su legitimación se ha producido en el campo

académico mexicano (p. 193). El libro nos confronta con una paradoja: Bourdieu, quien dedicó su obra a desmontar los mecanismos de dominación simbólica, es hoy citado con formas que reproducen esas mismas estructuras que buscaba denunciar.

Asimismo, el libro plantea un desafío fundamental que recorre varios de sus capítulos: interrogar qué ocurre con los conceptos bourdieusianos cuando circulan fuera de su espacio de origen. ¿Pueden seguir operando como herramientas críticas cuando son extraídos de su arquitectura teórica y trasplantados a otros contextos? ¿Hasta qué punto es posible traducir su lógica relacional sin vaciar su contenido?

El capítulo de Elsa Ambriz Navarrete y Jorge Silva Riquer ofrece una perspectiva especialmente reveladora al analizar la recepción de Bourdieu en la historiografía mexicana. Allí se muestra cómo ciertos conceptos —como *capital simbólico*, *campo* o *habitus*— han sido retomados para pensar la cultura escrita, los agentes editoriales y la construcción de identidades históricas. No obstante, los autores señalan que estos conceptos son utilizados en muchos casos sin problematizar su sentido original ni articularlos con el marco teórico del que forman parte. La consecuencia es una especie de eclecticismo conceptual que neutraliza el potencial disruptivo de su teoría. Este fenómeno —que también aparece en otros capítulos— no puede atribuirse simplemente a una falta de rigor individual. Más bien, debe entenderse como el efecto de una doble tensión: por un lado, la necesidad de los académicos de inscribirse en un lenguaje de legitimación reconocido; por otro, las limitaciones estructurales para sostener una formación teórica profunda. Como bien lo plantea el libro, el problema no es que Bourdieu sea “mal leído”, sino que su teoría, al desbordar los marcos disciplinares tradicionales, requiere condiciones institucionales y formativas que no siempre están disponibles en contextos periféricos.

En este punto, el libro contribuye a pensar la circulación del pensamiento crítico no como un fenómeno puramente textual, sino como una práctica social que implica traducción, adaptación y, en ocasiones, distorsión. La apropiación de los conceptos de Bourdieu, cuando se separa de su estructura teórica y de su función crítica, corre el riesgo de neutralizar su potencia analítica. Esta observación permite repensar el lugar de la teoría en nuestras prácticas académicas: ¿Estamos usando los conceptos de Bourdieu para iluminar nuevas formas de dominación o para reproducir las lógicas del

campo en que nos insertamos? Así, el aparato conceptual bourdieusiano aparece en el libro no como un conjunto de herramientas estables, sino como un dispositivo en movimiento, cuyas condiciones de eficacia dependen de su articulación con las estructuras sociales, institucionales y epistemológicas donde se le invoca. Reconocer esto es un paso necesario para evitar tanto el dogmatismo como el fetichismo teórico y recuperar a Bourdieu como lo que fue: un investigador que construyó conceptos para pensar relacionamente la reproducción social, no para citarlos como fetiches.

Entre los capítulos que componen la obra, uno destaca no sólo por su densidad empírica y rigor metodológico, sino por su ambición de someter el aparato conceptual de Bourdieu a una prueba de realidad en el contexto mexicano. Se trata del trabajo de Mauricio Bustamante y Domingo García Garza, quienes aplican el marco de *La distinción* (Bourdieu, 1979) a la Encuesta Nacional de Prácticas y Consumos Culturales (ENPCC) de 2004. A través del uso del análisis de correspondencias múltiples, los autores logran construir un espacio de prácticas culturales que revela la existencia de una homología estructural entre posiciones sociales y disposiciones estéticas.

Los hallazgos son significativos. Por ejemplo, identifican que “la intensidad y diversidad de las prácticas culturales es proporcional al nivel de ingresos económicos”, y que esta relación se complejiza según variables como edad y sexo (p. 229). Asimismo, detectan una diferenciación de gustos entre sectores populares, medios y altos, aunque advierten que, a diferencia del caso francés, la oposición entre capital cultural y capital económico no se expresa con la misma claridad. Esto se explica, en parte, por las limitaciones de la encuesta, que carece de variables socio-profesionales robustas y de indicadores que permitan una clasificación fina de clases sociales.

Más allá de los resultados específicos, este capítulo revela la precariedad estructural que enfrentan quienes intentan hacer sociología relacional en el sur global. Los autores subrayan que su análisis está condicionado por deficiencias en el instrumento estadístico, la subrepresentación de élites y la falta de indicadores culturalmente pertinentes. La encuesta utilizada, diseñada con fines administrativos, más que con una lógica sociológica, limita la posibilidad de captar la estructura simbólica del gusto. Su aporte no es sólo mostrar que el modelo de Bourdieu puede adaptarse al caso mexicano, sino evidenciar que su aplicación efectiva exige repensar los dispositivos de producción de datos, los criterios de clasificación social y las lógicas

institucionales que rigen la investigación. La distinción, más que un modelo transferible, es una orientación teórica que requiere condiciones empíricas, recursos técnicos y una voluntad crítica que la sostenga.

Por esto, el capítulo se inscribe en la tensión mayor que recorre el libro: ¿Es posible hacer una sociología crítica, rigurosa y relacional en contextos de desigualdad estructural? ¿Qué tipo de infraestructura científica, de formación teórica y de legitimidad institucional se requiere para que los conceptos de Bourdieu no queden atrapados en usos simbólicos o anecdóticos? El valor de esta contribución radica, precisamente, en mostrar que no basta con “aplicar” a Bourdieu; es necesario construir las condiciones sociales e institucionales que hagan posible una sociología crítica de las prácticas culturales.

En el corazón del volumen se encuentra una pregunta fundamental, aunque no siempre explícita: ¿Qué significa hoy, en México, hacer ciencia social crítica al estilo de Bourdieu? Esta cuestión se aborda directamente en el segundo capítulo, que reproduce la teleconferencia —también traducida por Alicia Gutiérrez— dictada por el propio Bourdieu en México en 1999. Lejos de ser un ejercicio autobiográfico, el texto constituye una intervención política: una defensa del oficio sociológico como acto de resistencia frente a las lógicas de dominación epistémica. Allí, Bourdieu insiste en que sus conceptos surgen de una necesidad teórica, pero también de una urgencia política. No fueron diseñados como herramientas aplicables mecánicamente, sino como instrumentos construidos en contextos de lucha, con un fuerte anclaje en los conflictos sociales concretos analizados. Reivindica así una sociología reflexiva y comprometida que no se limite a describir el mundo, sino que busque transformarlo. Su conferencia funciona como llamado y advertencia: la sociología crítica no puede desligarse de sus condiciones materiales de posibilidad ni reducirse a una postura discursiva.

Incluir este capítulo no es un gesto decorativo, sino una forma de reforzar la tesis central del libro: Bourdieu no debe leerse sólo como autor consagrado, sino como una provocación constante a pensar la autonomía intelectual, las estructuras del campo científico y la función social del conocimiento. La pregunta sobre su recepción en México se vuelve también una pregunta sobre nuestras propias condiciones de producción: ¿Formamos sociólogos/as capaces de cuestionar lo instituido o sólo reproducimos citas canónicas? La fuerza de este cierre está en reactivar una dimensión política

que suele quedar subsumida bajo el lenguaje técnico. Recuperar a Bourdieu como intelectual situado e incómodo es recordar que su legado no se agota en sus conceptos, sino en la disposición a pensar contra el sentido común dominante. Si el libro evita institucionalizarlo como un clásico inofensivo es porque se esfuerza —y en gran parte lo logra— por mostrar que su obra aún incomoda, aún divide, aún permite leer las relaciones de poder donde otros ven neutralidad científica.

*Pierre Bourdieu en México* va más allá del ejercicio de recepción: ofrece una radiografía del campo académico mexicano desde el lente bourdieusiano. Su mérito no está sólo en documentar la circulación de su pensamiento, sino en mostrar —con honestidad y sin condescendencia— los límites estructurales, simbólicos y metodológicos que enfrenta la sociología crítica en contextos periféricos. Al exponer usos estratégicos, apropiaciones fragmentarias y condiciones desiguales de producción teórica, el libro no sólo pregunta cómo citamos a Bourdieu, sino desde qué lugar hacemos ciencia social en América Latina.

La investigación ilumina las contradicciones que atraviesan la circulación del conocimiento crítico en un campo académico marcado por jerarquías globales y disputas por la legitimidad. Este gesto de autorreflexión sobre nuestras prácticas constituye, quizá, su aporte más valioso. El mayor riesgo de una obra así sería reforzar, sin quererlo, el capital simbólico del autor que busca problematizar, pero el libro evita ese destino al sostener una postura que incomoda y exige coherencia. Su mensaje final es claro: si Bourdieu tiene sentido en México no es para legitimar currículos ni adornar bibliografías, sino para incomodar estructuras y desnaturalizar relaciones de poder. Y eso, en un campo habituado a la repetición ritual de conceptos consagrados, ya es una intervención necesaria para el pensamiento social crítico.

